

### EL PALACIO VIEJO.

Aunque ya estaba vencida la jornada que habia sido pasada entre el Domo y el palacio Riccardi, no quisimos volver á casa sin haber visitado la plaza del Gran Duque. Habia oido hablar mucho de ella, habia visto dibujos, y sabia que ofrecia mas que cualquier otra en el mundo la reunion de recuerdos de historia, de arte y de los mas grandes sucesos de la república y del principado. Habianme además recomendado que para que nada perdiese su aspecto grandioso fuese por una de las calles que desembocan enfrente del Palacio Viejo. Recordamos esta recomendacion. Tomamos la calle Martelli y la plaza del Domo, donde en nuestro primer asombro habiamos pasado sin reparar en el Brigallo, antiguo hospicio de expósitos, y las dos estatuas colosales de Pampalini representando á Arnolfo di Lapo y á Brunelleschi, con los ojos fijos el uno sobre la iglesia y el otro sobre su cúpula. A la izquierda del primero, entre él y la casa de la cofradía de la Mise-

ricordia, está la calle de la Muerte, llamada así por la famosa tradicion que ha inspirado á Scribe su poema de Guido y Ginebra.

Dejando la plaza del Domo tomamos la calle de los Calzajoli; esta es á la vez una de las calles mas estrechas y mas históricas de Florencia. Como en todos tiempos ha estado poblada de artesanos, como dirige desde el Domo al Palacio Viejo, como en fin, apenas tiene diez piés de ancho, fué veinte veces el teatro de las luchas armadas tan frecuentes en tiempo de la república. Así es en Florencia, como la calle de Vivienne en Paris, el paraje obligado de toda persona que fuera de su hotel ó de su almacén tiene que andar quinientos pasos para negocios ó para divertirse.

Es cosa milagrosa además ver pasar al trote los carruajes en medio de aquella muchedumbre sin exhalar un solo murmullo; tanta es la costumbre que de ceder el paso á cuanto cree superior tiene el pueblo de Florencia. Poned aquel número de carruajes y aquel mismo número de gentes en una calle igual desembocando en el Palacio Real ó en las Tullerías, ó en la Bolsa, y habrá al dia tres ó cuatro personas atropelladas y treinta ó cuarenta cocheros apaleados.

He habitado en Florencia cerca de quince meses en diferentes épocas y jamás he presenciado ni una disputa ni una desgracia.

Al extremo de la calle de los Calzajoli, está la linda iglesia del Orto, San Miguel, llamada así del jardín sobre que está construido, *Orto*, y del santo á que está consagrado. Era en otro tiempo un depósito de granos edificados por Arnolfo di Lapo, ese grande removedor de piedras; pero habiendo sido destruido

por un incendio y queriendo la república secundar la inclinación del pueblo, que tenía una gran veneración por una de las vírgenes más milagrosas pintada sobre madera y clavada en uno de los pilares del pórtico, decretó que el depósito de granos se cambiase en iglesia.

Giotto fué el encargado de la transformación; formó en consecuencia el dibujo de la iglesia actual, que fué ejecutada bajo la dirección de Tadeo Gaddi. En cuanto á la imagen de la Virgen, Andrés Orcagna, el pintor del Campo Santo, el arquitecto de la logia de Lanci, fué el encargado de construir un tabernáculo digno de ella.

Estaba bien elegido el hombre como poeta, como escultor y como cristiano. Así todo lo que se puede hacer con una blanda cera, con un obediente yeso, lo hizo Andrés Orcagna con mármol. Es preciso verdaderamente tocar aquella obra maestra para cerciorarse de que no es una pasta de imitación, sino un trozo de mármol vaciado hecho hojas, cortado con un atrevimiento, con un capricho, con una riqueza de que no puede formarse idea sin haberlo visto.

Así se sale de allí de tal manera asombrado que apenas se fija la atención en dos grupos de mármol: el uno de Simón de Fiesole, y el otro de Francisco San Gallo. Había habido en otro tiempo allí magníficos frescos, de los que dos eran de Andrea del Sarto; pero sería inútil buscarlos hoy allí: en 1770 han sido cubiertos con un blanqueo de cal.

El exterior de la iglesia, si puede llamársela así, está erizado de estatuas. Allí hay un San Eloy de Antonio di Banco; un San Estéban, un San Mateo, un San Juan Bautista de Lorenzo Ghiberti; un San Lucas de Mino

de Fiesole; otro San Lucas de Juan de Bolonia; un San Juan Evangelista de Baccio Monte Lupo; por último un San Pedro, un San Marcos, y sobre todo, un San Jorge de Donatello, al que seguramente podría decirse como al Zuccone: ¡Habla, habla! si no hubiera sido fácil ver en el altivo porte de aquel vencedor de dragones que era demasiado orgulloso para obedecer á una orden, aunque esta orden le fuese dada por su creador.

Por grande que fuese la idea que de antemano me había formado de la plaza del Palacio Viejo, la realidad, debo confesarlo, fué todavía más grande: al ver aquella masa de piedras tan poderosamente arraigadas en el suelo, coronadas de su torre que amenaza al cielo como el brazo de un titán, la antigua Florencia toda entera con sus güelfos y sus gibelinos, sus priores, su señoría, sus gremios, sus condottieri, su pueblo turbulento y su aristocracia altiva, se me presentaron cual si fuese á asistir al destierro de Cosme el Antiguo ó al suplicio de los Salviati. En efecto, cuatro siglos de historia y de arte están á derecha y á izquierda, delante y detrás, envolviendo á uno por todas partes y hablando á la vez con las piedras, el mármol y el bronce de Nicolás de Uzzanno, de Orcagna, de Renaud, de Albizzi, de Donatello, de Pazzi, de Rafael, de Lorenzo de Médicis, de Flaminio Vacca, de Savonarola, de Juan de Bolonia, de Cosme I y de Miguel Ángel.

Buscad en el mundo entero una plaza que reúna semejantes nombres, sin contar los que olvido, y los olvido tal como Baccio Bandinelli, como el Ammannato, como Benvenuto Cellini.

Quisiera bien poner un poco de orden á este magni-

fico caos, y clasificar cronológicamente los grandes hombres, las grandes obras y los grandes recuerdos; pero esto es imposible. Es preciso cuando se llega á aquella plaza maravillosa ir donde os lleva la vista ó el instinto os guía.

Lo que se apodera desde luego del artista, del poeta, del arqueólogo, es el sombrío *Palazzo-Vecchio*, blasonado con las antiguas armas de la república, entre las que brillan sobre azul, como estrellas sobre el cielo, aquellas flores de lis sin número sembradas sobre el camino de Nápoles por Carlos de Anjou.

Apenas fué libre Florencia, quiso tener su casa de ayuntamiento para alojar un magistrado, y su campana para llamar al pueblo. Si se constituye un pueblo en el Norte ó una república en el Mediodía, el deseo de tener una casa de ayuntamiento y una campana, es el primer acto de su voluntad, y la satisfaccion de este deseo la primer prueba de su existencia.

Así desde 1298, es decir, diez y seis años despues, los florentinos habian conquistado su constitucion, Arnolfo di Lapo recibió orden de la señoría de construirla un palacio.

Arnolfo di Lapo habia visitado el terreno que le reservaban, y habia formado en consecuencia su plan. Pero en el momento de poner los cimientos á su edificio, el pueblo le prohibió con grandes gritos colocar una sola piedra en el sitio donde habia estado situada la casa de Farinata de los Huberti. Arnolfo di Lapo se vió obligado á obedecer al clamor popular: retiró su palacio á un rincon y dejó libre el recinto maldito. Hoy es, y todavía ni piedra ni árbol han echado allí raíces, y nada se levanta en aquel sitio desde hace mas de seis

siglos, allí donde una venganza güelfa pasó el arado y lo sembró de sal.

Aquel palacio era la residencia de un gonfaloniero y de sus ocho priores, dos por cada cuartel de la ciudad: su cargo duraba sesenta dias, y durante este tiempo vivian juntos, comiendo á la misma mesa, no pudiendo salir de aquella residencia; es decir, que estaban poco menos que prisioneros: cada uno tenia dos criados para servirle, y tenian á sus órdenes siempre un notario dispuesto á escribir sus deliberaciones, el cual comia con ellos y estaba prisionero como ellos. En cambio del sacrificio que hacia cada prior á la república de su tiempo y de su libertad, recibian diez libras al dia, casi siete francos de nuestra moneda. La parsimonia privada se regulaba entonces por la economía pública, y el gobierno se encontraba así dispuesto para hacer grandes cosas en las artes y en la guerra. De aquí la viene el sobrenombre de magnífica república.

Se entra en el Palacio Viejo por una puerta colocada en la tercera parte casi de su fachada, y se halla uno en un pequeño patio cuadrado rodeado de un pórtico sostenido por nueve columnas de arquitectura lombarda. En medio de aquel patio hay una fuente coronada con un Amor antiguo con un pescado en la mano y descansando sobre un cántaro de pórvido. En la época del matrimonio de Fernando se adornó aquel pórtico con pinturas al fresco representando ciudades de Alemania vistas á vuelo de pájaro.

En el primer piso se halla la gran sala del consejo, ejecutada por las órdenes de la república y por las instancias de Savonarola. Mil ciudadanos podian deliberar allí cómodamente.

Cronaca fué el arquitecto, y tanto apresuró la ejecución, que Savonarola tenia costumbre de decir que le habian servido los ángeles de albañiles.

Cronaca tenia razon en darse prisa, porque tres años despues debia morir Savonarola, y treinta mas tarde caer la república.

Así aquella inmensa sala nada ha conservado de aquella época sino su forma primera : todos sus adornos pertenecen al principado ; sus frescos y su techo son de Vasari ; sus cuadros son de Cigoli, de Ligozzi y de Passe-Gno ; las estatuas son de Miguel Angel, de Baccio Bandinelli y de Juan de Bolonia.

Todo á la mayor gloria de Cosme I.

En efecto, Cosme I es una de esas estatuas gigantes que la mano de la historia levanta como una pirámide para marcar el límite en que concluye una época y comienza otra. Cosme I era á la vez el Augusto y Tiberio de la Toscana, y esto es tanto mas exacto, cuanto que en la época en que Alejandro cayó bajo el puñal de Lorenzo, Florencia se halló en la misma situación que Roma despues de la muerte de César : « no habia ya tiranos, pero tampoco habia libertad. »

Dejemos por un instante las piedras, los mármoles y los lienzos para examinar todos los vicios y todas las virtudes que la humanidad ha reunido en un solo hombre : curioso es el estudio, y bien merece la pena de que nos detengamos en él un momento.

Nació Cosme I en el antiguo palacio Salviati, convertido despues en el palacio Apparelo, en el medio del patio en el que aun hoy hay una estatua de mármol representando al gran duque con la vestidura real y la corona sobre la cabeza. Descendia de Lorenzo el An-

tiguo, hermano de Cosme, el Padre de la patria, cuya rama separada en la segunda generacion, se dividió en rama mayor y rama menor : era de la rama mayor Loronzino y de la menor Cosme.

Su padre era aquel famoso Giovanni, el mas ilustre tal vez de todos aquellos valientes capitanes que existian en Italia en los siglos xv y xvi. El dia aniversario de su nacimiento soñó que le veia dormido en su cuna con una corona real en la cabeza. Le afectó de tal modo aquel sueño, que al despertarse resolvió tentar á Dios para saber cuáles eran sus designios sobre su hijo. En su consecuencia, mandó á su mujer, Lucrecia de Médicis, y en tal concepto sobrina de Leon X, que cogiese el niño y le subiese al piso segundo. Obedeció María sin saber de qué se trataba : entonces él bajó á la calle, llamó á su mujer, que se presentó en el balcon, y extendiendo los brazos mandó que le echase el niño. Estremeciése hasta en el fondo de sus entrañas la pobre madre ; pero Giovanni renovó la orden que ya habia dado con una voz tan imperiosa, que obedeció volviendo la cabeza. Cayó el niño desde el piso segundo y fué recogido en los brazos de su padre.

— Está bien, dijo el impasible condottiero ; mi sueño no me ha engañado y tú serás rey.

Entonces volvió á subir y entregó el pequeño Cosme á su madre, que le recibió mas muerta que viva.

En cuanto al niño, se notó que ni aun habia dado un grito.

Seis años despues de este suceso, Giovanni de Médicis fué herido encima de la rodilla delante de Borgo Forte con un tiro de arcabuz, en el mismo sitio donde habia recibido otra herida en Pavia. Era tan grave la nueva

llaga, complicada sobre todo con la antigua, que se decidió el cortarle la pierna. Quisieron atarle entonces á la cama para proceder á la operacion ; pero declaró que como este asunto á nadie le tocaba mas que á él, queria verlo hacer. En su consecuencia cogió la luz y la tuvo hasta el fin de la amputacion, sin que ni una sola vez temblase su mano bastante para hacer vacilar la llama. Sea que la herida fnese mortal, sea que la operacion estuviese mal hecha, al dia siguiente espiró Giovanni de Médicis á la edad de veinte y nueve años.

Esta muerte fué de gran satisfaccion para los Alemanes y los Españoles, de quienes era el terror.

Hasta él, dice Guichardini, la infanteria italiana era nula y desconocida : él fué el que aprovechando las lecciones que habia recibido del español marqués de Pescara, la organizó y la hizo célebre : así amaba tanto aquella tropa, que era su hija, que la abandonaba su parte de botin de la guerra, no reservando para si sino la gloria.

Por su parte le amaban tan tiernamente los soldados, que no le llamaban jamás sino su maestro y su padre : á su muerte se vistieron todos de luto, y declararon que no dejarían aquel color, juramento que cumplieron con tal fidelidad, que Juan de Médicis fué desde aquella época Juan de las Bandas negras, sobrenombre con que es conocido mas que con el nombre paterno.

Este Juan de las Bandas negras era el abuelo de María de Médicis, la que casó con Enrique IV.

Lucrecia de Médicis, que habia quedado viuda, se se consagró toda á su hijo. El jóven Cosme creció rodeado de maestros y constantemente vigilado por el ojo maternal. Criado sériamente fué grave desde niño,

estudiando todas las cosas de guerra y del gobierno con igual aptitud, y apasionado sobre todo por las ciencias químicas y naturales.

A las quince años se habia ya marcado su carácter, que podía dar á los que se le acercaban una idea de lo que seria mas tarde. Lo acabamos de decir, su aspecto era grave y hasta taciturno : tardaba en formar relaciones familiares y dejaba dificilmente á nadie tomar familiaridades con él : pero cuando llegaba á concederlas, era una prueba de su amistad, y su amistad era segura. Sin embargo, era discreto en todas sus acciones, aun para con sus mismos amigos, y no queria que se supiese lo que trataba de hacer sino cuando ya estaba hecho. Resultó de aquí que siempre parecia buscar un objeto contrario á aquel que se proponia, lo que hacia sus respuestas concisas y frecuentemente oscuras.

Este era Cosme cuando supo la noticia del asesinato de Alejandro, y la huida de Lorenzo, cuya fuga le dejaba sin opositor al principado : así tomó rápidamente su partido. Reunió algunos amigos con los que podia contar, montó á caballo y marchó desde su casa de campo en la que habitaba, á Florencia.

Cosme vió recompensada su confianza por la acogida que le hicieron. Entró en la ciudad en medio de las aclamaciones de alegría de todos los habitantes. Los recuerdos de su padre marchaban en torno suyo, y el pueblo, con el que se hallaban mezclados una multitud de soldados que habian servido bajo las órdenes de Juan de las Bandas negras, le acompañó hasta el palacio Salviati, gozoso y llorando y gritando á la vez : Viva Juan, y viva Cosme, viva el padre y el hijo.

Al día siguiente Cosme fué nombrado jefe y gobernador de la república con cuatro condiciones :

Hacer indiferentemente justicia al rico y al pobre.

No consentir jamás en reconocer la autoridad de Carlos V.

Vengar la muerte del duque Alejandro.

Tratar bien al señor Julío y á la señora Julia, sus hijos naturales.

Cosme aceptó esta especie de carta ó constitucion con humildad y el pueblo aceptó á Cosme con entusiasmo.

Pero sucedió con aquel gran duque lo que con todo hombre de genio que una revolucion eleva al poder.

Sobre el primer escalon del trono reciben leyes, sobre el último las imponen.

Dificil era la posicion en que se hallaba para un jóven de diez y ocho años : era preciso luchar á la vez contra los enemigos interiores y contra los exteriores. Era preciso sustituir un gobierno firme, un poder unitario y una voluntad duradera á todos aquellos gobiernos vacilantes ó tiránicos, á todos aquellos poderes opuestos el uno al otro, y por consecuencia destructores el uno del otro, á todas aquellas voluntades que tan pronto partiendo de lo alto ó tan pronto de lo bajo, formaban un eterno flujo y reflujo, sobre el cual era imposible fundar nada sólido y duradero. Y sin embargo, con todo esto era preciso contemporizar con las libertades del pueblo, á fin de que ni nobles, ni ciudadanos, ni artesanos, conocieran la mano de un señor. Era preciso, en fin, gobernar un caballo todavía indócil para la tiranía con una mano de hierro cubierta de guante de seda.

Cosme era además en todos los puntos el hombre que se necesitaba para llevar á efecto aquella obra. Disimulado como Luis XI, apasionado como Enrique VIII, valiente como Francisco I, perseverante como Carlos V, magnifico como Leon X : tenia todos los vicios que constituyen la vida privada sombría, y las virtudes que constituyen la vida pública brillante. Así es que su familia fué desgraciada y su pueblo feliz.

Habia tenido de Leonor de Toledo, su mujer, sin contar un príncipe que murió de un año, cinco hijos y cuatro hijas. Estos hijos eran :

Francisco, que reinó despues de él, el mismo que se casó con Bianca Capelo, cuya historia hemos contado.

Fernando que reinó despues que Francisco.

Don Pedro, don Juan y don García.

Las cuatro hijas eran :

María, Lucrecia, Isabel y Virginia.

Digamos rápidamente cómo la muerte se paseó en esta magnífica linea, donde entró como en la familia primitiva por un fratricidio.

Juan y García cazaban en las Maremmas : Juan, que no tenia mas que diez y nueve años, era ya cardenal : García no era todavía nada mas que el favorito de su madre. El resto de la corte estaba en Pisa, donde Cosme habia instituido un mes antes la órden de San Estéban y habia ido allí para darse á reconocer como gran maestre.

Los dos hermanos, que hacia largo tiempo se conservaban mutuamente un cierto rencor porque Juan era el querido de su padre, y García el de su madre, se pusieron á disputar con motivo de un gamo que cada uno

de ellos pretendia haber muerto. En medio de la disputa, García sacó su cuchillo de caza y dió una puñalada á su hermano.

Juan, herido en el muslo, cayó pidiendo socorro. La gente de la comitiva de los dos príncipes acudieron, encontraron á Juan enteramente solo y bañado en sangre, lo llevaron á Liorna, é hicieron avisar al gran duque de la desgracia que acababa de suceder. Corrió el gran duque inmediatamente á Liorna y curó él mismo á su hijo: porque el gran duque, uno de los hombres mas superiores de su época, tenia todos los conocimientos médicos que se podian tener en el siglo xvi. Pero á pesar de su celo y cuidado, Juan espiró en los brazos de su padre á los cinco dias de haber sido herido.

Cosme volvió á Pisa. Al ver aquella máscara de bronce con que tenia costumbre de cubrir su rostro, hubiérase dicho que nada habia sucedido. García habia precedido á Cosme á Pisa, y se habia refugiado en el aposento de su madre donde esta le tenia oculto.

Sin embargo, al cabo de algunos dias, viendo que Cosme no hablaba ya de su hijo muerto cual si nunca hubiese existido, animó al matador á que fuese á arrojarse á los piés de su padre á pedirle perdon; pero como temblase el jóven á la sola idea de hallarse cara á cara con su juez, para tranquilizarle le acompañó su madre.

Hallábase sentado el gran duque enteramente preocupado, en uno de los cuartos mas retirados de su palacio.

Presentáronse el hijo y la madre á la puerta de él. Cosme se levantó á su vista. Inmediatamente García corrió á donde estaba su padre, se arrojó á sus piés abra-

zando sus rodillas y pidiéndole perdon. La madre permaneció en la puerta extendiendo los brazos hácia su marido. Cosme tenia la mano metida en su justillo; sacó un puñal que tenia costumbre de llevar en el pecho, é hirió con él á don García, diciéndole:

— No quiero á un Cain en mi familia.

La pobre madre habia visto brillar la hoja del puñal, y se habia precipitado sobre Cosme. Empero á la mitad del camino recibió en sus brazos á su hijo que herido de muerte se habia levantado tambaleándose y gritando:

¡Madre mia! ¡madre mia!

El mismo dia, 6 de diciembre de 1562, espiró don García.

Y á contar desde aquel momento en que murió, Leonor de Toledo se acostó cerca de su hijo, cerró los ojos, y no volvió á abrirlos mas. Ocho dias despues espiró ella misma, unos dicen que de dolor, otros que de hambre.

Los tres cadáveres entraron secretamente y sin pompa en la ciudad de Florencia, y se dijo que los dos hijos y la madre habian sido arrebatados por las fiebres malignas de las Maremmas.

El nombre de Leonor de Toledo era un nombre fatal que traia desgracias. La hija de don García, padrino del jóven Francisco, y hermano de aquella otra Leonor de Toledo, cuya muerte acabamos de contar, habia venido jóven á la corte de su tia, y allí habia florecido bajo el suave sol de la Toscana, como una de aquellas flores que han dado su nombre á Florencia.

Decíase aun, aunque en voz baja, en la corte, que el gran duque Cosme estaba perdidamente enamorado de

ella. Y como conocían los amores del gran duque, añadian que habia seducido con el oro ó asustado con las amenazas á los criados de la jóven princesa, que habia penetrado una noche en su estancia y no habia salido de ella sino al dia siguiente por la mañana; despues á las noches siguientes habia vuelto, y este comercio adúltero habia concluido por causar tal escándalo, que habia casado á su jóven y hermosa querida con su hijo Pedro. Lo que al menos habia de seguro en todo esto es, que en el momento que menos se aguardaba, y sin que don Pedro mismo hubiese sido consultado, se habia decidido esta union y se habia verificado el matrimonio.

Pero sea efecto de los rumores extraños que habian corrido sobre la conducta de Leonor, sea que el placer gustado por don Pedro en la compañía de jóvenes hermosas venciera á los sentimientos del amor que podia inspirarle una hermosa mujer, los nuevos esposos parecían tristes y vivían casi separados. Leonor de Toledo era jóven, era hermosa, de esa sangre española que quema hasta al pié de los altares las venas por donde corre, tanto que abandonada por su marido, se enamoró de un jóven llamado Alejandro, el cual era hijo del capitán florentino Francisco Gaci. Pero este primer amor no tuvo otra consecuencia. El jóven persuadido de que el marido de la que amaba sabia sus relaciones, y que podia causar á la bella Leonor grandes dolores, se retiró á un convento, y allí sofocó ó al menos encerró su amor bajo un cilicio. Mientras él oraba por Leonor, Leonor le olvidaba.

El que la hizo olvidarse de él sucediéndole, era un jóven caballero de San Estéban, que mas indiscreto que el pobre Alejandro, no dejó ignorar á toda la ciudad

que era amado. Así tal vez á causa de este amor, como á causa de la muerte de Francisco Ginori, que acababa de matar en desafio entre el palacio Strozzi y la Puerta Roja, habia sido desterrado á la isla de Elba. Empero el destierro no habia matado al amor, y no pudiendo ya verse los dos jóvenes, se escribían. Cayó una carta en manos del noble gran duque Francisco, á quien en su vida habia asociado Cosme al poder. Fué traído secretamente el amante de la ista de Elba á la prision de Bargello. La noche misma de su llegada hicieron entrar en su prision un confesor y un verdugo; despues, cuando concluyó el confesor, el verdugo dió garrote al jóven. A la mañana siguiente Leonor supo de la boca misma de su cuñada la ejecucion de su amante.

Hacia once dias que lloraba temblando por ella misma, cuando recibió el 10 de julio la orden de ir al palacio de Gaffaggiolo, que habitaba hacia muchos meses su marido. Desde entonces creyó que se hallaba perdida, pero no por eso dejó de obedecer, porque no sabia cómo ni dónde encontrar un refugio. Pidió una dilacion hasta el dia siguiente y nada mas: despues fué á sentarse cerca de la cuna de su hijo Cosme, y pasó la noche llorando y suspirando echada sobre su niño.

Los preparativos de marcha ocuparon una parte del dia, de modo que Leonor no salió de Florencia sino á las tres de la tarde, y como instintivamente á cada minuto paraba los caballos, casi entró de noche en Caffaggiolo. Con grande asombro suyo la casa parecia desierta.

Desenganchó el cochero los caballos, y mientras los criados y las mujeres que la habian acompañado trasladaban los paquetes del equipaje desde el coche, Leo-

nor de Toledo entró sola en la hermosa casa de campo que privada de la luz parecía á aquellas horas triste y sombría como un sepulcro. Subió entonces la escalera ligera y silenciosa cual una sombra, y llena de terror se adelantó estando abiertas todas las puertas, hasta su alcoba; pero en el momento en que ponía el pié en ella, vió detrás de la mampara salir un brazo con un puñal, y al mismo tiempo sintió un golpe, dió un grito y cayó. ¡Estaba muerta! Don Pedro, no fiando á nadie el cuidado de su venganza, la habia él mismo asesinado.

Viéndola tendida entonces en su sangre é inmóvil, vino á mirar atentamente á la que habia herido. Leonor habia ya espirado: tan certero y hábil habia sido el golpe. Don Pedro se puso de rodillas al lado del cadáver, alzó sus manos ensangrentadas al cielo, pidió perdón á Dios del crimen que acababa de cometer, y juró en expiación de aquel crimen no volverse á casar jamás. ¡Extraño juramento si se cree á los rumores escandalosos de la época, de su repugnancia por las mujeres que le hacia cumplir este juramento mas fácilmente que cualquiera otro!

Después el verdugo se convirtió en enterrador, colocó en un ataúd preparado de antemano el cuerpo del que acababa de arrojar el alma, cerró el ataúd y lo llevó á Florencia, donde fué sepultada la misma noche y en secreto, en la iglesia de San Lorenzo.

Además, don Pedro ni aun cumplió su juramento: se casó en 1590 con Beatriz de Meneses: verdad es que esto fué diez y siete años después del asesinato de Leonor, y que Pedro de Médicis con su carácter debia haberse olvidado, no solo del juramento hecho, sino de la causa que lo habia dictado.

Vamos ahora á las hijas de Cosme.

María era la mayor. Era á los diez y siete años, como dice Shakspeare de Julieta, una de las mas bellas flores de la primavera de Florencia. El jóven Malatesta, paje del gran duque Cosme, se enamoró de ella. La pobre niña por su parte le amó con aquel primer amor que nada sabe rehusar. Un viejo español sorprendió á los dos amantes en una cita, y en tal situación, que no le dejó duda alguna sobre la intimidad de sus relaciones. Contó al gran duque Cosme lo que habia visto.

María murió envenenada á los diez y siete años, porque su vida prolongada seis meses mas, hubiera sido un deshonor para su familia. Malatesta fué aherrojado en una prisión, y habiendo logrado escaparse al cabo de diez ó doce años, llegó á la isla de Candía, donde su padre mandaba por los venecianos. Dos meses después lo encontraron asesinado una mañana en la esquina de una calle.

Lucrecia era la segunda hija de Cosme. A la edad de diez y nueve años se casó con el duque de Ferrara. Un dia llegó á la corte de Toscana un correo que anunció que la jóven princesa habia muerto de repente. Dijose en la corte que habia sido arrebatada por una fiebre pútrida: dijose en el pueblo que su marido la habia asesinado en un momento de celos.

Isabel era la tercera: era la favorita de su padre. El amor de Cosme por su hija pasaba, como se va á ver, de los límites del amor paternal.

Un dia que Vasari, oculto por los andamios, pintaba el techo de una de las salas del Palacio Viejo, vió entrar en la sala á Isabel. Era hácia el medio dia: el aire era ardiente. Ignorando que hubiese alguno en el mismo

cuarto que ella, la jóven descorrió las cortinas, se acostó en un divan y se durmió.

Poco despues Cosme entró á su vez y vió á su hija. Cosme miró un instante á Isabel dormida, con ojos ardientes de deseos; despues fué á cerrar todas las puertas por dentro; poco despues Isabel dió un grito. Vasari no vió nada mas, porque á su vez él cerró los ojos y aparentó dormir. Al descorrer las cortinas recordó Cosme que en aquel cuarto debía ser donde pintaba Jorge Vasari. Alzó los ojos al techo, y vió el andamio. Al instante le ocurrió la idea de que habia tenido un testigo de su crimen, y aquella idea en un corazon como el de Cosme, fué seguida inmediatamente del deseo de desembarazarse de él.

Cosme subió poquito á poco la escala, llegó al techo, y encontró á Vasari con la cara vuelta á la pared durmiendo en un rincon de su andamio. Acercóse á él, sacó su puñal, le aproximó lentamente al pecho para asegurarse si realmente dormia ó fingía dormir. Vasari no hizo el mas leve movimiento, su respiracion permaneció tranquila é igual, y convencido Cosme de que su pintor favorito no habia visto ni oído nada, volvió á envainar su puñal y bajó del andamio.

A la hora en que tenia costumbre de salir Vasari salió, y volvió á la mañana siguiente á la hora en que tenia costumbre de volver. Esta sangre fria le salvó: si hubiese huido era perdido, porque donde quiera que hubiese huido, hubiera ido á buscarle el puñal ó el veneno de los Médicis.

Sucedia esto en el año 1557.

Al año siguiente, como Isabel ya tenia diez y seis años, fué preciso pensar en casarla.

Entre los pretendientes á su mano, eligió Cosme á Pablo Giordano Orsini, duque de Bracciano, pero una de las condiciones del matrimonio fué, dicen, el que Isabel continuaria viviendo en Toscana al menos seis meses al año.

Este matrimonio contra todo lo que se aguardaba fué visiblemente triste y frio: decíase para explicar esta terrible indiferencia de un marido jóven con una mujer jóven y bonita, que los rumores del amor de Cosme por su hija habian llegado á su noticia y causaban su repugnancia. Pero en fin, fuese cual fuese la causa, el hecho es que existia esta repugnancia. Giordano estaba la mayor parte del año en Roma, dejando, cualquiera que fuesen sus quejas, á su mujer permanecer en Toscana. Semejante abandono debia producir frutos adúlteros. Jóven, bella, apasionada, en medio de una de las cortes mas galantes del mundo, Isabel no tardó en hacer olvidar con nuevas acusaciones la antigua que la habia manchado. Entretanto Giordano callaba porque Cosme vivia siempre, y mientras Cosme vivia no hubiera pensado ni atreviéndose á vengarse de su hija. Pero Cosme murió en 1574.

Giordano Orsini habia dejado en cierto modo á su mujer bajo la vigilancia de uno de sus próximos parientes, llamado Troilo Orsini, y hacia algun tiempo que aquel guarda de su honor le escribia que Isabel llevaba una conducta regular, y tal cual podia desearla, de modo que casi habia renunciado á su proyecto de venganza, cuando en una disputa particular y sin testigos, Troilo mató de una puñalada á Sabio Torello, paje del gran duque Francisco, lo que le obligó á huir. Entonces se supo porqué Orsini habia muerto á Torello.

Eran los dos amantes de Isabel, y Orsini queria serlo solo.

Supo Giordano á un mismo tiempo la doble traicion de su pariente y de su mujer. Marchó inmediatamente á Florencia, y llegó cuando Isabel, que temia la suerte de su cuñada Leonor de Toledo, asesinada hacia cinco dias, se preparaba para abandonar la Toscana y huir al lado de Catalina de Médicis, reina de Francia. Pero la aparicion inesperada de su marido descompuso todas sus disposiciones. Sin embargo, á la primera vista se tranquilizó Isabel: Giordano Orsini parecia volver á su lado mas como un enamorado que como un juez. La dijo que habia comprendido que todas las faltas eran culpa suya, y que deseoso de vivir en lo sucesivo con una vida mas feliz y mas regular, venia á proponerla que olvidasen mutuamente sus culpas. El trato en la situacion en que se hallaba Isabel era muy ventajoso para ella para que no lo aceptase: sin embargo, no se reunieron en aquel dia los dos esposos.

Al dia siguiente, 16 de julio de 1576, convidó Giordano á su mujer á una gran cacería que debia dar en su casa de campo de Cerreto. Aceptó Isabel, y llegó por la noche con sus mujeres. Apenas habia entrado, vió venir á donde estaba á su marido llevando él mismo dos magníficos lebreles que le suplicó admitiese, y de que le aconsejó se sirviese al dia siguiente: despues se pusieron á la mesa. En la cena estuvo Orsini mas alegre que nadie le habia conocido nunca, haciendo á su mujer finezas, tratándola como hubiera podido hacerlo un amante á su querida, tanto que por habituada que estuviese ella á tratar con gente disimulada, casi Isabel se engañó. Sin embargo, despues de la cena el marido la

invitó á que pasase á su cuarto, dándole el ejemplo. Entretanto sintió Isabel instintivamente estremecerse y palidecer, y volviéndose hácia la Frescovaldi, su primera dama de honor:

— Señora Lucrecia, la dijo, ¿iré ó no iré?

Sin embargo, á la voz de su marido que volvia á buscarla, preguntándola riéndose si queria seguirle ó no, cobró valor y le acompañó.

Entró en el cuarto, y no halló mudanza ninguna. Su marido tenia siempre el mismo rostro, y la cita parecia aumentar su error. Engañada Isabel, se abandonó á él, y cuando se hallaba en una posicion en que no podia defenderse, Orsini sacó de debajo de la almohada una cuerda ya dispuesta y la echó al cuello de Isabel, y cambiando de repente sus besos y sus abrazos en un apretamiento mortal, la ahogó á pesar de sus esfuerzos para defenderse, sin que pudiese ni aun dar un grito.

Así fué como murió Isabel.

Quedó Virginia: esta fué casada con César de Este, duque de Módena. Esto es todo lo que de ella se sabe. Sin duda tuvo mejor suerte que sus tres hermanas. La historia no olvida mas que á los que son felices.

Este es el lado sombrío de la vida de Cosme: ahora vamos al lado brillante.

Era Cosme uno de los hombres mas hábiles de la época. Entre otras cosas, dice Vaccio Valdini, conocia una gran cantidad de plantas, sabia su cultivo, cómo nacian, cómo vivian mas tiempo, cómo tenian el olor mas vivo, y dónde se criaban las mas hermosas flores, cómo producian los mejores frutos, y cuál era la variedad de las flores y de los frutos para curar las enfermedades ó las heridas de los hombres y de los animales.

Como era un excelente químico, componía con las plantas, con las aguas, esencias, aceites, medicamentos balsámicos, y daba estos remedios á los que se los pedían, fuesen ricos ó pobres, fuesen toscanos ó extranjeros, habitantes de Florencia ó de cualquiera otra ciudad de Europa.

Cosme amaba y protegía las letras. En 1541 fundó la Academia florentina, que llamó su muy querida y feliz academia; allí debían enseñar y comentar el Plutarco y el Dante. Sus sesiones se tenían en un principio en el palacio de la Via Larga: despues, para que estuviera mas libre y con mas comodidad, les dió un salon en el Palacio Viejo. Desde la caída de la república aquella gran sala era inútil.

La universidad de Pisa, protegida ya por Lorenzo de Médicis, habia tenido cierto brillo en otra época, pero abandonada por los sucesores del Magnífico, se habia cerrado. Cosme la volvió á abrir, y les concedió grandes privilegios para asegurar su existencia: por último, agregó á aquel establecimiento un colegio para que cuarenta jóvenes que anunciassen buenas disposiciones y talento, y elegidos entre las familias pobres, se educasen á su costa.

Hizo Cosme poner en orden y enumerar todos los manuscritos y todos los libros de la biblioteca Lorenzana que el papa Clemente XII habia comenzado á reunir.

Aseguró con una renta el mantenimiento y la existencia de las universidades de Florencia y de Siena.

Adquirió una imprenta, é hizo venir al Torrentino de Alemania y traer todas las ediciones que llevan el nombre de este célebre tipógrafo.

Acogió á Pablo Sone, que se veía errante, y á Sci-

pion Ammirato, que se hallaba proscrito, y habiendo muerto el primero en su corte, le hizo construir un sepulcro con su estatua.

Quería el gran duque que todos escribiesen libremente segun su gusto, segun su opinión y segun su capacidad: animó tanto á seguir este camino á Benedetto Varchi, Filippo de Nerli, Vicencio Bordini y á tantos otros, que de los solos volúmenes que le dedicaron por reconocimiento los historiadores, poetas y sabios contemporáneos, podia formarse una biblioteca.

Por último, obtuvo que Boccaccio, prohibido por el concilio de Trento, fuese revisado por Pio V, que murió revisándolo, y por Gregorio XIII, haciéndose una edicion en 1575, que está revisada por la censura pontifical, y pretendia la misma revision para las obras de Maquiavelo, cuando murió antes de haberla conseguido.

Cosme era artista. No fué culpa suya si vino al mundo cuando iban desapareciendo los grandes hombres. De toda aquella brillante pléyada que habia iluminado los reinados de Julio II y Leon X, no quedaba mas que Miguel Angel. Hizo todo lo que pudo por tenerlo: le envió un cardenal y una embajada, le ofreció la cantidad de dinero que señalase él mismo, el título de senador y un empleo á su eleccion: pero Paulo III lo tenia y no queria soltarlo. Entonces, á falta del gigante florentino, juntó lo mejor que pudo reunir.

El Ammanato, su ingeniero, le construyó por los planos de Miguel Angel el hermoso puente de la Trinidad, y le hizo la estatua de Neptuno de mármol de la plaza del Palacio Viejo. Hizo hacer á Baccio Bandinelli el Hércules y el Baco, la estatua del papa Leon X, la del papa Clemente VII, la del duque Ale-

jandro, la de Juan de Médicis, su padre, y su propia estatua; la Logia del Mercado nuevo y el coro del Domo. Benvenuto Cellini fué llamado de Francia para fundirle su Perseo en bronce, para tallarle copas de ágata, para grabarle medallones de oro. Despues, como habia encontrado en los alrededores de Arezzo, dice Benvenuto en sus Memorias, una multitud de figuritas de bronce á las que faltaba á unas la cabeza, á otras las manos y á otras los piés, Cosme las limpiaba él mismo y las quitaba el orín con precaucion para que no se echasen á perder. Un día que Benvenuto Cellini iba á hacer una visita al gran duque, le encontró rodeado de martillos y cinceles. Dándole un martillo á Cellini y teniendo un cincel, Cosme le mandó que diese con el primero mientras él dirigia el otro: y no tenian así la traza de un soberano y un artista, sino simplemente la de dos obreros plateros trabajando en un mismo establecimiento.

A fuerza de investigaciones quimicas, halló Cosme, con Francisco Ferrugi de Fiezzola, el arte de cortar el pórfido, perdido desde los Romanos, y lo aprovechó para hacer esculpir la bella base del palacio Pitti y la estatua que colocó en la plaza de la Trinidad en lo alto de la columna de granito que le habia regalado el papa Pio IV.

Acogió y empleó á Juan de Bolonia, que hizo para él el Mercurio y el Robo de las sabinas, y despues fué arquitecto de su hijo Francisco.

Mantuvo á Bernardo Buontalenti, al que dió á su hijo el gran duque por maestro de dibujo.

Colocó bajo la direccion del arquitecto Tribolo las construcciones y jardines del Castello.

El fué tambien el que compuso el palacio Pitti, al que dejó su nombre y del que hizo su hermosa corte.

Habia llamado á su lado á Jorge Vasari, arquitecto, pintor é historiador. Pidió al historiador una historia del arte, dió al pintor el Palacio Viejo para que lo pintase, el arquitecto tuvo que construir un corredor que uniese el palacio Pitti al Palacio Viejo, á la manera del que dice Homero que unia el palacio de Priamo con el de Héctor.

Recibió Vasari tambien la órden de edificar aquella magnífica galería de los Oficios, hoy convertida en tabernáculo de las artes, y cuya magnífica *Ilustracion* publica á estas horas Florencia.

Agradó tanto este monumento á Pignatelli, que lo vió cuando no era todavia mas que fraile en Florencia, que hecho papa en 1691, hizo hacer por el mismo modelo la Curia Inocenciana en Roma.

En fin, reunió en el palacio de la Via Larga, en el Palacio Viejo y en el de Pitti, todos los cuadros, todas las estatuas, ora antiguas, ora modernas, que habian sido pintadas, esculpidas, grabadas, ó halladas en las excavaciones ejecutadas por Cosme el Antiguo, por Lorenzo, y por el duque Alejandro, y que dos veces habian sido saqueadas y habian desaparecido; la primera al paso de Carlos VIII, y la segunda cuando el asesinato del duque Alejandro por Lorenzini.

Así el elogio de los contemporáneos ha sofocado el censura de la posteridad: la parte sombría de aquella vida se pierde en la parte brillante, y se olvida que aquel protector de las artes, de las ciencias y de las letras, habia muerto á uno de sus hijos, envenenado á una de sus hijas, y violado á otra.

Verdad es que los contemporáneos de Cosme I eran Enrique VIII, Felipe II, Carlos IX, Cristian II, y aquel infame Paulo III, cuyo hijo violaba los obispos (1).

Murió Cosme en 21 de abril de 1574, dejando el trono ducal á su hijo Francisco I, á quien habia asociado hacia muchos años al poder, y de quien hemos dicho casi todo lo que hay que decir, ante la estatua de Fernando I en Liorma, y con motivo de los amores de Bianca Capello, su querida y su mujer.

Era Cosme sobrio; comia poco, bebia poco, y en los últimos años de su vida habia perdido el apetito, y se contentaba con comer algunas almendras. Casi siempre durante la comida, tenia á su mesa un sabio, con el que hablaba de química, botánica ó geometria; un artista, con el que raciocinaba sobre el arte, ó un poeta, con el que discutiese sobre Dante ó Boccacio. A falta de estos, hablaba con los sirvientes que le asistían de cosas peculiares á sus conocimientos: porque sabia, dice su historiador, él solo tanto como todos los hombres juntos.

Sus dos placeres mas vivos eran la música y la caza. Le gustaba cantar en coro, y muchas veces bañándose en el Arno con los caballeros que admitia á su intimidad, por medio de tablitas de madera sobre las que cada uno tenia escrita la parte de música que habia de cantar. Cosme daba entonces conciertos en plena agua á sus súbditos, porque ante todo era enemigo del descanso, y trabajase ó divirtiérase, siempre tenia necesidad de ocuparse en algo.

Era á la vez el mejor cazador, el mas hábil halconero,

(1) Benedetti Varchi, Historia del obispo de Fano.

y el pescador mas diestro de su reino. Pero se vió obligado á renunciar muy pronto á estos ejercicios, porque le atacó la gota á la edad de cuarenta y cinco años.

Se ve, pues, que en Cosme I habia caracteres propios de Augusto y de Tiberio.

Volvamos ahora á la sala del Palacio Viejo, de que nos ha apartado esta larga biografía, y que es la misma, si hemos de creer la tradicion, en la que se verificó el terrible crimen de la violacion de Isabel.

El cuadro no el mas notable con respecto al arte, sino el mas extraordinario seguramente como hecho registrado, es el cuadro de Ligozzi, representando el recibimiento hecho por Bonifacio VIII á doce embajadores de doce potencias que todos eran florentinos. Tan indisputable era en el siglo XIII y XIV el genio político de la magnífica república.

Estos doce embajadores eran:

Muciato Franzesi, por el rey de Francia.

Ugolino de Vicchio, por el rey de Inglaterra.

Ranieri Langru, por el rey de Bohemia.

Vermiglio Alfani, por el rey de Germanos

Simone Rossi, por la Rascia.

Bernado Ervai, por el señor de Verona.

Guiscardo Bastai, por el kan de Tartaria.

Manno Fronte, por el rey de Nápoles.

Guido Tabanca, por el rey de Sicilia.

Lupo Farinata de los Huberti, por Pisa.

Gino Diotesalvi, por el señor de Camerino.

Y por último, Bencivenni Folchi, por el gran maestre de Jerusalem.

Esta fué una reunion extraña, que hizo decir á Boni-

facio VIII que venia á mezclarse en el mundo un quinto elemento, y que los florentinos eran el quinto elemento

Los gigantescos frescos que cubren las paredes, así como todos los cuadros del techo, son de Vasari. Los frescos representan las guerras de los florentinos contra Siena y Pisa. Para la ejecucion de los últimos habia preparado Miguel Angel aquellos hermosos cartones que se han perdido sin que se haya sabido qué se ha hecho de ellos.

En las otras habitaciones del palacio, que son donde vivian, se encuentra tambien un número considerable de pinturas de la misma época casi. Es preciso exceptuar una lindísima capilla de Rodolfo Guirlandajo, que forma por su posicion estricta y religiosa una extraña oposicion con aquella pintura fria y pagana del tiempo de la decadencia.

Destruido como lo ha sido por los sucesores de Cosme I, el Palacio Viejo conserva todavia materialmente un recuerdo de la república. Es la torre de Barbería, donde fué encerrado Cosme el Antiguo, y á cuya puerta un siglo mas tarde, cuando la conspiracion de los Pazzi, el valiente gonfaloniero César Petrucci hizo la guardia con un asador.

En esta torre, hoy separada como leñera, fué donde pasó Cosme el Antiguo los cuatro dias mas malos de su vida. Durante aquellos cuatro dias, el temor de ser envenenado por sus enemigos le impidió tomar alimento alguno.

Porque, dice Maquiavelo, muchos querian que fuese desterrado; pero muchos querian tambien hacerle morir, mientras que el resto callaba ó por compasion ó

por miedo. Los últimos, no tomando ningun partido, impedian que se hiciese nada. Durante este tiempo, Cosme habia sido encerrado en una torre del palacio, y puesto bajo la guardia de un carcelero. Aquel gran ciudadano oia el rumor de las armas que habia en la plaza, y el continuo sonido de las campanas de alarma que llamaban al pueblo. Temia á la vez que le hicieran morir publicamente, ó mas bien que le mataran en secreto. Por eso fijándose en esta última idea, estuvo cuatro dias sin tomar alimento alguna, á no ser un poco de pan que habia llevado consigo. Entonces, apercibiéndose de los temores de su prisionero, el carcelero que le habia servido la comida, y hacia cuatro dias que se llevaba intacto el alimento, meneó lentamente la cabeza y le dijo:

— Tú dudas de mi, Cosme, tú temes ser envenenado, y por este temor te dejas morir de hambre. Es hacerme poco honor creer que pueda prestarme á semejante crimen. No temas por tu vida, que está asegurada porque tienes muchos amigos en palacio y fuera de él, pero aun cuando debieses perder la vida, pierde el temor con respecto á mi, porque para ejecutarla seria preciso otro ministro y no yo. Yo no mancharé mis manos con la sangre de nadie, y menos con la tuya: jamás me has hecho ofensa alguna; tranquilízate, pues, come, y consérvate para tus amigos que te quieren. Para tranquilizarte mas, dispénsame cada dia el honor de permitirme sentarme á tu mesa y yo comeré el primero de todo lo que tú comas.

A aquellas palabras Cosme se sintió reanimado, abrazando á su carcelero llorando y jurándole un reconocimiento eterno, y prometiéndole acordarse de él si

alguna vez la fortuna le proporcionaba los medios de recompensarle.

Olvida Maquiavelo decir si en los tiempos felices se acordó Cosme de la promesa hecha en los días del infortunio.

El nombre de aquel carcelero, que no se dice, deja muy atrás á los carceleros conocidos y honrados de los Caigniez, Guilberto de Pixerecourt, Victor Ducange, y otros románticos.

Aviso á la posteridad que no hallándose recargada de carceleros, puede dar una buena plaza á este.

### LA PLAZA DEL GRAN DUQUE.

Al salir del Palacio Viejo se tiene delante de si y volviendo la espalda, el *Caco* de Baccio Bandinelli, y el *David* de Miguel Angel; gigantescos centinelas de aquel gigantesco palacio. A la izquierda, en el segundo término, la *Loggia dei Lanzi*; enfrente de si, y en el tercer término, el techo de los Pisanos; por último, á la derecha el famoso *Marsocco* que dividió con Jesueristo el honor de ser gonfaloniero de Florencia: en fin, la fuente de Ammanato y la estatua ecuestre de Cosme I, por Juan de Bolonia.

Baccio Bandinelli es la exageracion de Miguel Angel, cuyo talento no le salva de la exageracion sino por lo sublime. El fué el que hizo del Laocoonte antiguo una copia que encontraba tan hermosa que la preferia al original. Contaron esta pretension á Miguel Angel, el que se contentó con responder:

— Es difícil pasar á un hombre cuando se le sigue por la espalda.